



## XL

### Mi amistad con los Nekhludov

DURANTE ese invierno ví con mucha frecuencia, no tan sólo á Dmitri, sino también á toda su familia, con la cual empezaba á tener estrechas relaciones.

Las señoras Nekhludov, —la madre, la hija y la tía— pasaban siempre la velada en casa, y á la princesa le gustaba que fuesen á verla jóvenes que, según decía ella, supieran pasarse toda una noche sin cartas y sin danzas. Pero, sin duda, habría muy pocos hombres de una fuerza semejante, pues yo iba casi todas las noches á su casa y no recuerdo haber hallado en ella muy numerosas visitas. Me acostumbé al trato con las personas de esa familia, con sus diversos caracteres, y llegué á hacerme una clara idea de sus relaciones recíprocas. Me habitué al modo de ser de aquella casa, me familiaricé con sus muebles y sus habitaciones, y en no habiendo en ella gente extraña me sentía libre y dueño de mí mismo, menos cuando me hallaba á solas con Varenka; me parecía que, como no era muy hermosa, hubiera deseado que me enamorase de ella. Pero también esta especie de confusión en mis sentimientos empezó pronto á desaparecer. Demostraba serle de tal manera indiferente hablar conmigo, con su hermano ó con Lubov Sergueievna, que me acostumbé al fin á mirarla simplemente como á una persona que no ve ni peligro ni placer alguno en estar en compañía de uno. Mientras duraron nuestras relaciones la encontré unas

veces muy fea, otras veces no tan fea, pero jamás me pregunté si estaba ó no enamorado de ella. Algunas veces hablaba con ella directamente, pero con mayor frecuencia al hablar con Varenka me dirigía á Lubov Sergueievna ó á Dmitri, y esta manera de hablar con la joven me gustaba infinitamente más. Hallaba un gran placer en hablar en su presencia, y también me gustaba oírle cantar ó leer, y en general estar donde ella estuviese; pero la idea de mis relaciones futuras con Varenka, y aquella otra de sacrificarme en aras del amor de Dmitri por mi hermana se me ocurrían ya muy raramente. Y si acaso alguna vez pensaba en ello, sintiéndome feliz con lo presente, procuraba alejar de mí esas preocupaciones del porvenir.

No obstante, y á pesar de tan íntimas aproximaciones, continué creyendo que era mi deber extricto disimular á los Nekhludov y sobre todo á Varenka mis verdaderos sentimientos y mi inclinación, tratando de mostrarme muy diferente de cómo era en realidad y aún cómo no puede en realidad ser hombre ninguno.

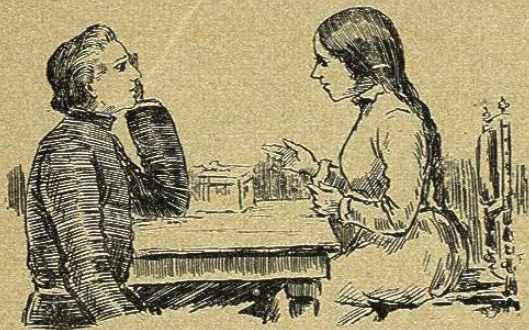
Me esforzaba en parecer entusiasta, apasionado; prorrumpía á lo mejor en grandes exclamaciones y hacía gestos que expresaran mi pasión cuando quería significar que algo me gustaba mucho; y al mismo tiempo de esto trataba de aparecer indiferente por todo lo que fuese de veras extraordinario, esforzándome en parecer burlón, malo, implacable y al propio tiempo uno de los más finos observadores; trataba de parecer lógico en todos mis actos, preciso y puntual en la vida, y sin embargo, afectaba al mismo tiempo un gran desdén por las cosas materiales. Puedo afirmar que era mucho mejor en realidad de lo que me esforzaba en parecer. No obstante, tal y cómo me ofrecía, los Nekhludov me amaban y aún creo que, felizmente para mí, no lograba engañarles con mis fingimientos. Únicamente Lubov Sergueievna, que me consideraba como al peor de los egoístas, ateo y burlón, creo que no me quería mucho; con frecuencia discutía conmigo, se enfadaba y me lanzaba alguna de sus frases cortas y no siempre lógicas ó pertinentes. Pero Dmitri conservaba con ella las mismas extravagantes relaciones de siempre, más que amistosas, y decía que nadie sabía comprenderle tan bien como ella y que le hacía mucho bien. Esta extraña amistad continuaba teniendo contrariada á toda su familia.

Un día Varenka, hablando conmigo de esta amistad ó amor incomprensible para nosotros todos, me lo explicó del modo siguiente:

—Dmitri tiene mucho amor propio. Es demasiado orgulloso y á pesar de todo su talento gusta mucho de las alabanzas y de la

admiración de los demás; quiere ser el primero en todas partes, y *lía pobre*, en la inocencia de su alma candorosa, está en constante admiración delante de él y no tiene tacto bastante para disimular esta admiración; de donde resulta que le está alabando sin cesar y sin fingimiento, con toda franqueza.

Recuerdo que después, discutiendo con ella misma este razonamiento, no pude menos de pensar que Varenka era una mujer muy inteligente, y á consecuencia de esto la levanté mucho en mi estimación. Esta especie de rehabilitación debida al talento que



descubrí en ella, junto con sus demás excelentes prendas morales, aunque me causó un grato placer, fué parcamente medida por mí y nunca la llevé hasta el entusiasmo. De manera que cuando Sofía Ivanovna, que hablaba siempre de su

sobrino, me contó un día que Varenka, cuando tenía apenas cuatro años, dió una vez sus vestidos y sus zapatos á una pobre niña campesina, quedándose ella casi desnuda, no me pareció que este hecho hubiese de mejorar mi opinión acerca de ella y aún en mi interior me burlé de una concepción de las cosas tan poco práctica.

Cuando había gente extraña en casa de los Nekhludov, y algunas veces venían Volodia y Dubkov, muy contento de mí mismo y orgulloso de poderme tener por uno de los habitados de la casa, me quedaba detrás de todos y guardaba silencio escuchando lo que decían los demás. Y lo que decían me parecía tan tonto, que interiormente me extrañaba de que personas de tan clara inteligencia como la princesa y toda su familia pudiesen escuchar impasibles tamañas tonterías y aún responder á ellas. Si entonces se me hubiese ocurrido comparar lo que decían tales huéspedes con lo que pensaba yo mismo estando solo, sin duda no me hubiera sorprendido tanto. Menos me hubiera extrañado aun, si hubiese pensado en lo que decían los individuos de mi propia familia—Audotia, Lubotchka, Katenka—que no eran ciertamente inferiores al tipo medio, cuando se pasaban largas veladas hablando de cosas insus-

tanciales y riéndose con Dubkov, quien invariablemente se ponía á recitar, apoyado en algún mueble, aquellos versos:

*En el banquete de la vida, infeliz convidado...*

ó bien fragmentos de *El demonio* que declamaba con gran sentimentalidad.

Naturalmente que cuando había invitados, Varenka hacía menos caso de mí que cuando estábamos solos, y entonces no había lectura ni música, que á mí tanto me gustaba oírle. Cuando hablaba con los invitados, perdía para mí todo su encanto, que consistía en su tranquilo y firme razonamiento. Recuerdo la profunda extrañeza que me causaba en sus conversaciones con mi hermano sobre el teatro y sobre el tiempo que hacía, sabiendo que esto era lo que Volodia despreciaba más en el mundo y sabiendo que también Varenka se burlaba siempre de las conversaciones cuyo tema era el tiempo ú otros igualmente insustanciales.—Yo no sabía comprender porque al hallarse uno enfrente del otro no sabían sino decirse las más estupendas tonterías, como si tuviesen vergüenza el uno del otro. Cada vez que la oía sostener conversaciones de esta índole, me enfadaba interiormente contra Varenka; y al día siguiente me burlaba de los invitados, quienes quiera que fuesen, y hallaba todavía mayor placer en hallarme solo en medio de la familia de los Nekhludov.

Cómo quiera que sea, es lo cierto que yo empezaba á hallar mayor gusto en hallarme reunido con toda la familia de Dmitri que con Dmitri á solas.



## XLI

### Mi amistad con Dmitri

PRECISAMENTE, en esa época, mi amistad con el príncipe de Nekhludov no se aguantaba sino por un simple cabello. Hacía ya demasiado tiempo que lo conocía y examinaba para no hallarle defectos, y cómo en la primera juventud si amamos es apasionadamente, es natural que no amemos sino á los hombres perfectos. Pero cuando las brumas de la pasión empiezan á esclarecerse y á través de ellas pasan los rayos del razonamiento y vemos el objeto de nuestra pasión en su aspecto verdadero, con todas sus cualidades y con todos sus defectos, únicamente éstos, como cosa no esperada que son, se proyectan en sombras exageradas ante nuestros ojos recién iluminados; la novedad, el deseo de saber y la creencia de que la perfección, en los demás, no es nunca imposible, nos inclinan no tan sólo á la frialdad, sino que contribuyen á disgustarnos del que era antiguo objeto de nuestra pasión, y cruelmente lo abandonamos para correr tras de una perfección nueva. Si no fué enteramente esto lo que me sucedió con Dmitri, débese tan sólo á la obstinada devoción que sin motivo alguno se empeñaba en guardarme, más hija de la cabeza que del corazón, la cual no quise, empero, traicionar. Por otra parte, nuestra extravagante franqueza nos mantenía unidos. Ambos teníamos miedo de que al separarnos quedasen en poder del otro todos los secretos que nos habíamos confiado, algunos de ellos vergonzosos para nosotros

mismos. No obstante, era indudable que hacía tiempo habíamos dejado en completo olvido nuestra antigua regla de franqueza; con frecuencia, por el contrario, nos servía de gran estorbo y establecía entre nosotros las más extrañas relaciones.

Durante ese invierno me hallé muchas veces en casa de Dmitri con su antiguo compañero de Universidad, el estudiante Bezobiedov, trabajando juntos. Bezobiedov era pequeño, delgado, con unas manos minúsculas y manchadas de rojo; sus cabellos eran de un rubio encendido, muy espesos y nunca los llevaba peinados; iba siempre mal vestido y sucio; además, era no solamente poco instruído sino que trabajaba también pésimamente. Las relaciones de Dmitri con él me eran tan incomprensibles como las que mantenía con Lubov Sergueievna. La única causa que le hubiese determinado á trabar relaciones con él, escogiéndole entre todos sus camaradas, no podía ser otra que ésta: en toda la Universidad no había estudiante cuyo exterior ó apariencia fuese más repugnante que la de Bezobiedov, y sin duda por esto, por ir en contra de todo el mundo, se había complacido Dmitri en otorgarle su amistad. En sus relaciones con ese estudiante, parecía á cada momento descubrirse este orgulloso sentimiento: «Ya veis que para mí importa muy poco lo que sois cada uno; para mí todos sois iguales. Amo á éste porque es bueno».



A mí me sorprendía que Dmitri se mantuviese en una tan continuada compresión de sus sentimientos, y me preguntaba también cómo el infeliz Bezobiedov consentía en una situación para él tan desagradable. La verdad es que su amistad me repugnaba en extremo.

Un día fui á casa de Dmitri con la intención de pasarme algunas horas en el salón, hablando con la princesa ó escuchando la lectura ó la música de Varenka. Pero Bezobiedov se hallaba con Dmitri en su cuarto, y al pedirle que bajásemos al salón me contestó rudamente:

—No puedo, ya ves que tengo aquí un amigo... Además, no me parece que se pase muy divertido el tiempo abajo!

Aunque la idea de estarme dos horas en compañía de Bezobiedov no me halagase mucho, no me atreví á bajar solo al salón, y

disgustado por la extravagante salida de mi amigo, me eché en la mecedora, dispuesto á pasarlo lo mejor posible, aún sintiéndome irritado contra Dmitri y contra Bezobiedov por haberme privado del placer de pasar un buen rato en el salón. Esperando, sin embargo, que Bezobiedov se marchase de un momento á otro, escuché, sin decir palabra, su conversación. «Vaya un huésped agradable!» pensé cuando trajo el té el criado, y aún creció mi irritación cuando cinco veces seguidas Dmitri le invitó á que tomase el té, que Bezobiedov rechazaba siempre diciendo: «Tomadlo vos».—Durante toda la noche se esforzó Dmitri en mantener conversación tirada con su huésped y hasta varias veces intentó obligarme á tomar parte en la conversación, pero en vano, pues yo permanecía callado siempre, con el aire más lúgubre que podía dar á mi persona.

«Nada, es imposible; no existe aun quien pueda siquiera sospechar que me aburro ó que me causa enojo», venía á expresar la fisonomía de Dmitri; mas, en silencio, yo continuaba en mi balanceo. Hallando en ello cierto placer, me esforzaba en encender en mí un sentimiento de sorda cólera contra mi amigo. «Vaya un tonto! pensaba, podría pasarse una muy agradable velada en compañía de su amable familia; pues no, se queda con este animal, y el tiempo pasa y pronto será ya demasiado tarde para bajar al salón». Y desde el rincón donde estaba sentado, contemplaba á mi amigo: su mano, su cuello, su postura y sobre todo sus puntiagudas rodillas me eran insoportables, no podía sufrir su vista, de manera que con gran placer le hubiera causado en aquel momento algún disgusto, aunque hubiese sido un gran disgusto.

Finalmente, levantóse Bezobiedov; pero Dmitri no podía dejar que se fuese así como así un tan excelente y tan agradable amigo, y le invitó para que se quedase á dormir; por fortuna, Bezobiedov no lo aceptó y se fué enseguida.

Dmitri lo acompañó hasta la puerta y volvió al cuarto, con una sonrisa de satisfacción en los labios y frotándose las manos,—sin duda porque fatigado ya de fingir, sentíase finalmente libre. Empezó á pasearse por la estancia, dirigiendo hacia donde yo estaba muy raras miradas, con lo cual me disgustó aun más. «Pero cómo diablos se atreve á pasearse de este modo?»

—Por qué te enfadas?—me dijo de pronto parándose delante de mí.

—No me enfado—contesté como se contesta siempre en casos semejantes.—Solamente, lo que me desespera es ver cómo finges conmigo, con Bezobiedov y contigo mismo.

—Vaya una tontería! No finjo nunca, ni contigo ni con nadie.

—Yo no he olvidado nuestra promesa de comunicárnoslo todo francamente, y voy á decirte lo que pienso. Bezobiedov te molesta, como me molesta á mí, porque es un gran simple, que Dios sabe de donde ha salido; pero te gusta y te es agradable hacerte el importante en su presencia...

—No! nada de eso... y ante todo he de decirte que Bezobiedov es un hombre agradabilísimo.

—Bueno, si así lo quieres; pero yo te diré también que tu amistad con Lubov Sergueievna viene igualmente de que te considera como á un dios.

—Pues yo te digo que no!

—Pues yo te digo que sí!... porque lo sé por mi propia experiencia,—exclamé con todo el calor del despecho hasta entonces contenido; y queriendo desarmarle con un rasgo de franqueza, le dije así:—Lo que te digo es que siempre he creído amar á las personas que me dicen cosas agradables ó halagadoras; pero, cuando lo pienso bien, veo que no existe en estos casos una verdadera amistad, que no se trata sino de la satisfacción de mi amor propio.

—No!—exclamó Dmitri haciendo aquel ademán tan suyo, como quien trata de arreglarse la corbata,—cuando yo amo de veras, ni las alabanzas ni las injurias pueden cambiar mis sentimientos.

—Esto no puede ser verdad. Recuerda que yo te he confesado que cuando papá me ha dicho alguna mala palabra he sentido contra él un odio tan profundo que he llegado á desear su muerte. Tú mismo...

—Habla por tí. Y cree que es muy lamentable que seas cómo dices...

—Al contrario,—grité pegando un brinco y mirándole en los ojos con el valor que da la desesperación,—no es cierto lo que dices. No me hablaste un día de mi hermano?... No es que te lo eche en cara; pero no me hablaste de él?... Ahora te diré, sin embargo, cómo te comprendo yo...

Y tratando de molestarle más hondamente que él á mi, empecé á demostrarle que no amaba á nadie, echándole además en cara



todo lo que, según mi parecer, podía reprocharle. Luego quedé satisfecho de habérselo dicho todo, olvidándome de que precisamente el único objeto que podía haberme propuesto, el cual no era otro que el de molestarle, no lo había de lograr hallándose tan excitado. Siendo la verdad que cuando se hallaba en su estado normal, que es cuando podía tener mayor eficacia mi acusación, no le hablaba nunca de esto.

La discusión empezaba ya á transformarse en disputa, cuando súbitamente Dmitri se calló y abandonó la estancia. Yo le seguí hablando todavía, pero él no me contestó ya una sola vez. Yo sabía perfectamente que en la lista de sus defectos figuraban los raptos de cólera y comprendí que en aquel momento no hacía sino grandes esfuerzos para contenerse... Cien veces maldije esa lista.

Aquí tenéis á lo que nos condujo nuestra regla de *decirnos el uno al otro todo lo que sintiéramos y de no decir nunca á los demás lo que mutuamente nos hubiésemos confesado*. A veces nos dejábamos llevar por la franqueza hasta llegar á las confesiones más humillantes, y tomábamos, para vergüenza nuestra, las suposiciones y los sueños por verdaderos sentimientos ó deseos, como por ejemplo lo mismo que acababa de decirle; pero todas estas confesiones no tan sólo no fortalecían los lazos de nuestra amistad, sino que secaban el propio sentimiento y nos desunían más cada vez. En aquel mismo instante, en el calor de la discusión, el amor propio le impedía hacer la más sencilla de las confesiones, y al contrario, en nuestras querellas nos servíamos de las armas que nos habíamos dado el uno al otro y con las cuales nos hacíamos un daño terrible.



## XLII

### Mi madrastra

Nos dijo papá que no vendría á Moscova con su mujer sino pasado año nuevo, y sin embargo se nos presentó en otoño, en el mes de octubre, cuando había todavía en el campo mucha caza que correr. Papá dijo que había cambiado de parecer porque su pleito debía verse por aquel entonces en el Tribunal Supremo; pero Mimi contaba que Audotia Vasilievna se aburría en el campo, estaba siempre hablando de Moscova y se fingía enferma todos los días, hasta que papá resolvió satisfacer sus deseos: «Porque no le ha amado jamás, aunque ha fatigado los oídos de todo el mundo con su amor, pues ella no quería sino casarse con un hombre rico...» acababa diciendo Mimi lanzando un hondo suspiro que parecía decir: «No se han portado así con él *ciertas personas*, que él no ha sabido apreciar».

Esta acusación era manifiestamente injusta, pues Audotia Vasilievna quería á papá con amor apasionado, descubriéndose el sacrificio de sí misma en cada uno de sus actos, de sus palabras, de sus gestos. Pero este amor no le privaba sin embargo de desear un magnífico sombrero con plumas de avestruz, ó bien un vestido de terciopelo azul de Venecia, con grandes escotados que dejasen ver la hermosa garganta y los redondos brazos cuya vista no habían podido gozar hasta entonces sino su marido ó sus criadas. Naturalmente, Katenka era del partido de su madre, y entre nosotros